

En efecto; cuando Carlos se dirigia desde Augsburgo á sus Estados de Flandes, vino á sorprenderle la noticia de que el duque de Saboya acababa de atacar á la libre, republicana y protestante ciudad de Ginebra. La guerra habia comenzado; pero la organizacion legal de la idea revolucionaria estaba definitivamente fundada.

CAPÍTULO VII

LA LIGA DE ESMALKALDEN

En la Dieta de Worms, Lutero luchó en persona con el Emperador; en la Dieta de Augsburgo luchó ya con el Emperador el partido luterano; en la liga de Esmalkalden, este partido se convirtió en una asociacion de Estados, en una asamblea de Reyes, en un haz de poderosos ejércitos. Tal es el camino de las ideas: brotan allá en la mente aislada de un pensador solitario; forman como un apostolado en torno del Maestro; se organizan luego en sectas y partidos hasta llegar á ese período, en que, ó bien mueren por inútiles al progreso general humano, ó bien forman parte integrante de la sociedad, que antes las rechazara, y entran en la levadura de su vida y componen grandes organismos en el Estado y animan primero las leyes y luego las costumbres y llegan al acervo comun de las ideas generales, que forman como las fases misteriosas del espíritu y del pensamiento de toda la humanidad.

El proceder de Carlos V en la Dieta de Augsburgo no corresponde ciertamente, ni á la elevacion de su idea ni á la energía de su voluntad. Deseoso, al comenzar las sesiones, de una conciliacion, concluye, al terminarse las sesiones, por un rompimiento. El mas vulgar sentido le aconsejara no tener vacilaciones de ningun género; y abrazar, ó bien la causa católica con toda resolucion ó bien el derecho á la profesion de sus ideas en los protestantes con verdadera tolerancia. Vaciló, dudó, concluyendo por donde debia haber empezado, por resoluciones enérgicas que despues de tantas largas resultaban

completamente inoportunas. Quien soñara con el arbitraje superior entre los partidos en guerra, no podía concluir por una ciega sumisión al partido católico, sin quebrantarse grandemente. Una idea le asediaba de continuo; y á esta idea sacrificó todo el poder que debiera ejercitar en los conflictos religiosos. Desde mediados del siglo décimoquinto hasta fines del siglo décimosexto se fundan, por la solidaridad natural del espíritu europeo, las monarquías modernas en toda Europa y á la faz del feudalismo agonizante. Luis XI de Francia, Fernando V de España, don Manuel de Portugal, los Tudores de Inglaterra, los Austrias de Alemania no cumplen otro destino y no realizan otra idea que establecer y consolidar las monarquías autoritarias y anti-feudales. El principio por excelencia monárquico es el principio hereditario; y sin embargo, en el centro de Europa, dirigiendo la inmensa region germánica, sobre un pedestal de castillos señoriales y de principados entre laicos y eclesiásticos que anidan allá en sus cimas numerosos tiranos y allá en sus bases humildísimos siervos; levántase un Emperador electivo, á quien todos le dan un esplendor de majestad nominal, que solo sirve para ocultar la flaqueza de su autoridad efectiva. Naturalmente, el Emperador Cárlos, criado en la idea monárquica que los jurisconsultos extrajeran del antiguo derecho romano, debía querer una rápida sustitución del Imperio electivo por el Imperio hereditario, y una vinculación de esta autoridad que él creía perdurable en su poderosa y antigua dinastía. Por un respeto ciego á las tradiciones, Cárlos V llevó el título de Rey de romanos hasta el día en que lo cambió por el título de Emperador, merced á la coronación de Bolonia. Y en cuanto declinara el título de Rey de romanos, y lo sustituyera por el título de Emperador de alemanes, pensó en dar la autoridad, renunciada necesariamente, á su propio hermano. Tal idea debía infundir inexplicable terror á los príncipes germánicos; porque, no solamente cambiaba la naturaleza del Imperio tendiendo á convertirlo de electivo en hereditario; sino que entregaba una grande dignidad al mas implacable y al mas feroz enemigo de los protestantes, al archiduque don Fernando. Mas, así que Cárlos V quiere con resolución algo, no hay medio de impedirlo. Su voluntad tiene mucho de las fuerzas avasalladoras del Universo. Lo que no alcanza por su autoridad moral ¡ah! lo alcanza por su violencia. Si la fuerza llega de algun modo á faltarle

recurre al dinero. Bien es verdad que las elecciones imperiales aparecen por estos días como viles mercados, y los imperiales electores como viles mercaderes. Cinco de estos trafican pública y vergonzosamente con su voto. Y á este tráfico debe el archiduque Fernando ese glorioso título de Rey de romanos, que tantas grandezas significa y tantos recuerdos despierta. Solo el Elector de Sajonia, en quien la idea nueva se revela, protesta, en nombre de las antiguas tradiciones germánicas, contra esta elección urdida para extinguir los principios revolucionarios. Aunque el reformador Lutero, en quien las contradicciones á cada paso y á cada minuto estallan, aconseja con mas prudencia que energía, una resignación á la necesidad; el Elector, comprendiendo los peligros que para las antiguas instituciones y para los nuevos derechos tenía la elección de Fernando, protesta contra ella; y ya que no pueda contrastar la fatalidad y vencerla, salva su propio nombre y lo entrega completamente incólume al juicio inapelable de la historia.

Pero hizo mas; comprendió que, en frente del Imperio y de sus tendencias hereditarias, necesitábase una liga superior, la cual, reuniendo las voluntades concentradas en supremos pensamientos, tuviese el propósito firme de contrastar la autoridad imperial é impedir su invasión sistemática en los derechos reservados á los príncipes alemanes y su guerra implacable á la libertad del pensamiento y de la conciencia. Corren los últimos días de marzo de 1531, y en el estrecho recinto de Esmalkalden, pueblo desde aquel día inmortal en la historia, congrénganse los príncipes protestantes para constituir la liga, que ha de traer un nuevo derecho al seno de Europa. El Elector de Sajonia, que determinara el nacimiento de la Reforma con su protección á Lutero; el Landgrave de Hesse, que decidiera la ruptura entre el Protestantismo y el Imperio en la Dieta de Augsburgo; los príncipes del Norte de Alemania, que formaran como el núcleo de la nueva idea y como el organismo de la nueva religion; asistidos de las ciudades mas revolucionarias de Alemania, forman una liga, por seis años, abierta á cuantos quieran ingresar en ella, y que tiene por principal objeto protestar contra la elección del Rey de romanos y mantener á sus súbditos en el derecho á profesar la idea religiosa, que acaba de separarse, con tanto fragor y tanto brillo, del antiguo Catholicismo. La liga de Esmalkalden señala en el desarrollo de la nueva idea

una importante trasformacion, cuyas consecuencias trascienden á todos los siglos de la futura historia. Desde este dia la idea se convierte en fuerza; y lo que ayer presentaba el aspecto de una sencilla escuela, presenta el aspecto de un formidable Estado. En verdad que la fe los anima; pues, débiles por su complexion, pocos en número, aislados entre grandes y formidables poderes históricos, desafian al Rey de romanos, tres veces monarca; y al Papa católico, que fulmina el rayo de la excomunion; y al Emperador germánico, que tiene por cetro en sus sacras manos el eje de la tierra. Vencidos en la Dieta de Augsburgo, donde peleaban con las armas de la palabra y con las fuerzas poderosas de la argumentacion, fundan aquel Estado, sin mas recurso que el sobrenatural poder de sus ideas.

Seméjase tamaña confederacion de séres tan débiles como los jefes protestantes contra séres tan fuertes como el Emperador y el Pontífice á la confederacion de las ciudades griegas contra los imperios asiáticos. Una idea brilla en todas aquellas frentes, una pasion enciende todos aquellos corazones; el Coral de Lutero sale de todos aquellos labios que forman por esta maravillosa manera un coro, el cual eleva preces á Dios, y una legion la cual se apercibe á derramar la sangre de sus venas por la fe. Dentro del mismo partido católico encuentran los revolucionarios inesperadas alianzas. Si la resolucion de defender los derechos de su Iglesia no halla en la Iglesia opuesta ningun auxilio ni adhesion; en cambio, el propósito de combatir el nombramiento de Fernando para la dignidad de Rey de romanos halla un poderoso auxiliar en el duque de Baviera, cuyas esperanzas á la sazón se habian perdido, despues de haber acariciado tanto tiempo esa ilustre y aparatosa diadema. Por tal razon, el 15 de octubre de 1531 el duque de Baviera, el mas entusiasta de todos los católicos, el mas decidido por las dos autoridades, por la imperial y por la pontificia, entra en la liga protestante como auxiliar, aunque no como revolucionario.

De esta suerte podian ligarse ya pactos y amistades con las naciones extrañas. Así los asociados dirigiéronse al rey de Inglaterra y al rey de Francia. Empeñado ya el primero en su divorcio, necesitaba del Emperador y del Pontífice para conseguirlo, y se atenia con tenaz fidelidad á la Iglesia católica sin presentir la proximidad de un rompimiento aconsejado por lo móvil y

tornadizo de sus exaltadas pasiones. Pero Francisco I, que despues del tratado de Madrid, llevaba en su pecho aun mas fresca la herida de Pavía, y que despues de la paz de Cambrai llevaba aun mas vivo en su memoria el tratado de Madrid, aceptó las proposiciones de los sublevados y envió de embajador á Guillermo de Bellai, quien habia de concertar las amistades entre la Francia antigua y la Alemania protestante, amistades que resultaron por fin y postre, funestísimas al Emperador y al Imperio. Lutero, que gran conocedor de la teología, campeaba como ninguno en las altas investigaciones científicas, apenas sabia cosa de los intereses políticos, y estaba resuelto, por tanto, á combatir la liga en razon al ingreso en ella del duque de Baviera y á la amistad con ella del rey de Francia. Pero sus advertencias no son oidas ni sus escrúpulos apreciados; y la liga se forma, colocando á su cabeza al hombre que representaba la accion, al Landgrave de Hesse, y al hombre que representaba el pensamiento, al Elector de Sajonia.

En tal estado, Cárlos V volvía de nuevo á encontrarse frente á frente de dificultades insuperables. Mal contento el Papa, huido el duque de Baviera, incierto el rey de Inglaterra, hostil abiertamente el herido rey de Francia, pujantes los piratas ribereños del Africa, divididas las ciudades de Alemania, mal sujeta Italia, disgustado el clero de las complacencias guardadas á los protestantes en Augsburgo, los católicos fervorosos tan heridos como los fervorosos protestantes por la incertidumbre imperial; veíase entre tantas sombras, un cometa, una calamidad sin igual, Soliman II, dirigiendo tras su encorvada cimitarra los pueblos mongólicos, tan feroces y tan desoladores como los hunnos antiguos, para que se posesionasen de la capital del Imperio aleman de la misma suerte que un siglo antes se habian posesionado de la capital del Imperio griego. En tal apuro, nadie puede intentar la guerra sin contraer una complicidad, mas ó menos criminal, con el turco amenazante. No es maravilla, dada esta situacion, que el Elector Palatino y el Elector de Maguncia se ofrecieran como mediadores, y se aceptaran por ambas partes, dando así el Emperador muestras de debilidad y muestras de pujanza la revolucion. Esta venida de los turcos, en tan crítico minuto de la historia, resulta, al fin y al cabo, lo que puede llamarse una coincidencia providencial. Sin Soliman, sin sus ejércitos, quizás el Imperio aplastara la naciente liga, dispersándola á los